

Bajo el sol
Las cartas de Bruce Chatwin

Bajo el sol

Las cartas de Bruce Chatwin

SELECCIÓN Y EDICIÓN DE
ELIZABETH CHATWIN Y NICHOLAS SHAKESPEARE

PREFACIO DE ELIZABETH CHATWIN

INTRODUCCIÓN DE NICHOLAS SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN DE ISMAEL ATTRACHE Y CARLOS MAYOR



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:
Under the Sun. The Letters of Bruce Chatwin

Copyright © Letters © The Chatwin Estate
Introduction and Notes © Nicholas Shakespeare and
Elizabeth Chatwin, 2010

Primera edición: 2012

Fotografía de portada
LORD SNOWDON

Traducción
© ISMAEL ATTRACHE Y CARLOS MAYOR

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán,
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-16-6
Depósito legal: M-37155-2012

Impreso en España

CONTENIDO

Prefacio	9
Introducción	15
Capítulo uno El colegio: 1948-1958	31
Capítulo dos Sotheby's: 1959-1966	51
Capítulo tres Edimburgo: 1966-1968	81
Capítulo cuatro La opción nómada: 1969-1972	113
Capítulo cinco <i>Sunday Times</i> : 1972-1974	215
Capítulo seis Me he ido a Patagonia: 1974-1976	227
Capítulo siete El virrey de Ouidah: 1976-1980	257
Capítulo ocho Colina negra: 1980-1983	337
Capítulo nueve Los trazos de la canción: 1983-1985	363

Capítulo diez	
China y la India: 1985-1986	443
Capítulo once	
Homer End: 1986-1988	481
Capítulo doce	
Oxford y Francia: 1988-1989	529
Agradecimientos	553

PREFACIO

Bruce y yo nos conocimos a finales de 1961 en Sotheby's, cuando llegué para trabajar allí un par de años. Era la primera mujer estadounidense que la casa de subastas había contratado en Londres y, como es natural, desperté mucha curiosidad. Poco después Bruce recibió por primera vez el encargo de ir a Nueva York, para estudiar varias colecciones de cuadros cuya venta se estaba considerando. Allí todo le fascinó, sobre todo el opulento y glamouroso grupo de los blancos, anglosajones y protestantes que llevaban toda la vida en la ciudad, entre los cuales causó una gran impresión. Después de ese viaje (del que volvió con una enorme chaqueta de lana a cuadros, con un sombrero a juego, como las que se pone la gente en el campo para trabajar) empecé a parecerle más interesante.

A lo largo de los años siguientes pasamos muchos fines de semana en las montañas Negras, paseamos por las colinas de Malvern con su padre y, un verano, estuvimos a punto de tener una cita en Libia. Nos casamos en 1965.

Sus cartas y postales de esa época no han llegado hasta nosotros, pero conseguí guardar casi todas las posteriores. Me produce una gran emoción que se vaya a publicar una selección de su correspondencia. No hay escritura más inmediata que la que encontramos en las cartas. Su madre conservó las misivas que él le mandaba todas las semanas desde la escuela secundaria, en las que ya se aprecia cuántas cosas le interesaban y le entusiasaban. Es fascinante ver cómo el niño se va convirtiendo, poco a poco, en historiador del arte de Sotheby's. Siempre se le dio bien narrar historias, y acabó dedicándose profesionalmente a ello.

En Sotheby's, Bruce desempeñó el cargo de perito en los departamentos de arte impresionista y moderno (excluyendo

el británico), y en el de antigüedades. Esto último implicaba evaluar objetos de la India, del antiguo Oriente Próximo, de Europa y la América indígena, del Pacífico y de África, del mundo entero, lo que le obligaba a realizar infinitas consultas en el British Museum y en el Musée de L'Homme de París. Empezó a inquietarle cada vez más el tipo de piezas arqueológicas que le ofrecían para su posible venta, algunas de las cuales habían sido robadas en yacimientos desconocidos, y también le molestaban las falsificaciones. Comenzó a lamentar, por otro lado, que en Sotheby's le hubieran convencido para que no aceptara una plaza en Oxford que le habían ofrecido; le dijeron que no le hacía ninguna falta tener una licenciatura.

En 1966 estuvo informándose sobre las universidades que ofrecían estudios de arqueología, disciplina que los no licenciados sólo podían cursar en Edimburgo y Cambridge, así que se marchó a la primera de estas ciudades. Esa decisión nos suponía una enorme merma de ingresos, pero pensamos que podríamos salir adelante.

En aquella época, Edimburgo era un sitio muy lúgubre en invierno. La Royal Mile, donde alquilamos un apartamento de un edificio recién construido, contaba con veintitrés *pubs*, ninguno de los cuales tenía sillas para sentarse. Para conseguir verduras frescas, tenía que ir a la parte nueva de la ciudad (cruzando el puente desde la zona del siglo XVIII) si quería encontrar una verdulería aceptable. En el enorme hotel North British no sabían lo que era una ensalada. Lo mejor que tenían era el pescado, y la ostrería que daba a la calle. Sacabas un vino blanco y, con las ostras, te servían pan integral con mantequilla. Te morías de frío, pero era muy divertido.

Bruce trabajaba muchísimo, hasta altas horas de la noche. Era un hombre muy competitivo; tenía veintiséis años y, rodeado de adolescentes que acababan de terminar la secundaria, ya era un alumno maduro. Además de arqueología estudió sánscrito, y, para su gran satisfacción, fue el primero de su promoción. Después, cuando llevaba cursados dos años y medio de una licenciatura de cuatro, lo dejó. A mí ni siquiera me avisó

de sus intenciones. Perdió la ilusión tras pasar los veranos excavando en yacimientos, pues se dio cuenta de que no le gustaba molestar a los muertos.

En esa época le habían empezado a fascinar los nómadas, y se puso a escribir sobre ellos. Recibió cierta cantidad por ir a Egipto a evaluar una colección y, gracias a eso, tuvo algo de dinero para viajar. En 1969, Peter Levi y él se marcharon a Afganistán con una beca que le habían dado a Peter en Oxford. Aquella fue la tercera vez que Bruce visitaba el país. Yo me uní a ellos al cabo de dos meses; el lugar me dejó completamente asombrada. Nueve años después, los rusos destruyeron para siempre el equilibrio que allí reinaba.

Bruce pasó varios años trabajando en el libro sobre los nómadas, que era impublicable y lo sigue siendo. A continuación lo convencieron para que colaborara con la revista de *The Sunday Times*, en aquel tiempo muy prestigiosa, en la que hizo muchas amistades que le durarían toda la vida. Allí empezó sustituyendo a David Sylvester, el anterior experto en arte, que dejaba el cargo, y acabó escribiendo reportajes no sólo sobre esa disciplina, sino también sobre Argelia, la señora Gandhi y André Malraux. Conoció a Eileen Gray, una interiorista y diseñadora de muebles irlandesa, y una de las primeras personas en defender el uso combinado de materiales tradicionales con otros nuevos como el plexiglás, y que vivía en París desde 1904. Gray lo animó a que fuera a la Patagonia por ella, porque siempre había querido visitar esa región pero ya tenía demasiados años.

Así pues, de nuevo, Bruce dio un giro dramático a su vida, sin decírselo a nadie hasta que prácticamente ya había emprendido el viaje. Escribió una carta a *The Sunday Times* en un pequeño folio amarillo que, o bien se ha perdido, o ha sido robado. Normalmente me llamaba desde algún pequeño bar de carretera, a medida que iba desplazándose cada vez más al sur. Siempre elogiaba mucho el champán Moet & Chandon que servían en Argentina. Encontrar ese espumoso en algún lugar inesperado lo animaba mucho. Le encantaba.

Casi siempre viajaba solo. Dos personas se defienden la una a la otra, pero una sola resulta más fácil de abordar. No habría conseguido explorar la Patagonia si yo lo hubiera acompañado, ni hubiera escrito *El virrey de Ouidah*, ni la mayoría de sus libros.

Bruce cambiaba un poco a las personas a las que conocía en sus andanzas: los hermanos de *La colina negra* no eran gemelos; una enfermera que aparece en *En la Patagonia* era devota de Agatha Christie, no de Ósip Mandelstam. Aquello enfurecía a quienes se veían alterados, cosa que comprobamos Nicholas Shakespeare y yo cuando seguimos el recorrido que él había hecho por Argentina, en 1992, pero eso se debía a su forma de narrar. En *Los trazos de la canción* hay personajes completamente inventados.

La gente me preguntaba con frecuencia cómo me sentaba que él siempre estuviera fuera de casa. A veces me molestaba tener que enfrentarme sola a la vida, pero sabía que Bruce estaba trabajando, que tenía que ser libre. Al poco de casarnos me dijo que esperaba que no me importase, pero que quería viajar sin nadie. En el aparador de la cocina tengo una imagen preciosa de Kipling que se titula «El gato que pasea solo».

Bruce siempre daba noticias por carta o por teléfono desde algún confín de la tierra; a mí no me despertaba mucha curiosidad lo que estaba haciendo. Ya me entretendría con sus historias al volver.

A principios de la década de 1970 me regalaron mis primeras ovejas de las montañas Negras de Gales, y, a partir de entonces, mi agenda empezó a depender de ellas. A día de hoy siguen a mi lado los descendientes de aquellos animales, y les sigo teniendo el mismo cariño.

En sus periplos, Bruce atraía a toda clase de personajes. Se le daba muy bien hacer amigos dondequiera que estuviese: en autobuses, trenes, barcos. No sé muy bien cómo, pero conseguía averiguar qué era lo que más le interesaba a un desconocido al cabo de pocos minutos, y se ponían a charlar como si se conocieran de toda la vida, cosa que no dejaba de sorprenderme.

Esas personas se creían que tenían un amigo para siempre; se daban las direcciones, y a Bruce le llegaban cartas desde los lugares más insospechados. Un nigeriano quiso en una ocasión abrir una tienda y le pidió una larguísima lista de cosas, como calcetines, camisas, pantalones e hilo de algodón, para abastecerla. Nos fueron llegando más listas. Me temo que no les hicimos caso.

Cuando Bruce empezó a escribir libros, esa actividad se convirtió en una adicción para él; por las mañanas se levantaba pensando en su obra. Cuando viajábamos juntos por Europa se angustiaba mucho si dejaba de escribir durante más de dos días. Cambiaba de sitio los muebles de la habitación en la que nos alojábamos para poder trabajar. A mí me mandaba a ver los monumentos sola.

Es una maravilla que tanta gente haya conservado sus cartas, incluso antes de que se convirtiera en un escritor conocido. Él no guardaba nada, ni siquiera las primeras ediciones de sus libros.

No tengo ni idea de lo que habría pensado de los ordenadores, si los habría utilizado para escribir libros. A lo mejor le habría parecido divertidísimo poder hablar con una persona en la otra punta del mundo; puede que los hubiera detestado. En una ocasión, mientras hacíamos montañismo en el Everest National Park, en 1983, nos abordó un estadounidense que iba solo, y que intentó acoplarse a nuestro campamento (aunque acabamos huyendo de él). Este hombre aseguró que, al cabo de pocos años, Bruce estaría escribiendo con un procesador de textos. Nos tomamos su comentario a broma; efectivamente, y por lo que yo sé, Bruce jamás se acercó a un ordenador. Pero sí observó que los libros publicados tras la aparición del procesador de textos eran mucho más largos. No es que eso tuviera nada de malo, pero la longitud era excesiva, porque con esa máquina era muy fácil corregir y adaptar.

Su técnica consistía en escribir en cuadernos pautados y amarillos (norteamericanos); corregía, tachaba y tiraba un folio tras otro. Cuando se quedaba más o menos satisfecho,

mecanografiaba el texto dejando márgenes muy anchos; después volvía a corregir y a meter cambios. A veces hacía otra copia a mano y, siempre, varias versiones a máquina. Tiraba montañas de papeles, así que no han quedado borradores.

Hasta que un texto le parecía bueno no se lo enseñaba a nadie, pero a mí me lo leía en voz alta. Todo tenía que sonar bien, fluir con ritmo. De todo lo que escribió, las cartas son lo único que está sin corregir. Él creía que la escritura era un trabajo muy duro, y que un ordenador lo hacía demasiado fácil.

En la actualidad, cuando las comunicaciones son tan rápidas y sencillas gracias a los móviles y al correo electrónico, la gente ha dejado de escribir cartas. Ya nadie podrá conservar como oro en paño las notas que sus hijos les mandan desde el colegio, quizá ya no habrá cartas de amor ni crónicas de viajes. ¿Alguien imprime como recuerdo los mensajes que le llegan?

Así pues, las misivas de Bruce, que empiezan a una edad muy temprana y que se extienden a lo largo de toda su vida, son uno de los últimos ejemplos de un medio de comunicación tradicional que quizá desaparezca dentro de poco.

ELIZABETH CHATWIN

INTRODUCCIÓN

Qué duda cabe, me apetece escribir cartas

Un año antes de su muerte, en enero de 1989, Bruce Chatwin abrió una carta de Tom Maschler, su editor londinense, y leyó lo siguiente:

«Ya lo he dicho antes, y lo repito ahora: no hay otro escritor en Inglaterra cuya obra me apasione tanto como la tuya. Esto lo digo con toda sinceridad».

Han pasado veintiún años, y Maschler sigue pensando lo mismo. «De todos los que componen lo que denomino “mi grupo” (Ian McEwan, Martin Amis, Julian Barnes, Salman Rushdie), aquel cuya trayectoria futura me inspiraba más curiosidad era Bruce. Creo que, si hubiera vivido, los habría superado a todos», me confesó.

La cautivadora voz literaria de Chatwin se vio cercenada justo cuando la había encontrado. Durante sus últimos meses, envuelto en un chal al lado de la estufa de Homer End, cerca de Oxford, le comentó con pena a Elizabeth: «Quiero hacer tantísimas cosas...». Una obra sobre la curación que se iba a llamar *The Sons of Thunder* [Los hijos del trueno]; un tríptico de relatos inspirados en los *Tres cuentos* de Flaubert, «uno de ellos con Irlanda como escenario, en la época de los reyes irlandeses»; una novela centrada en Asia, sobre el botánico austríaco-americano Joseph Rock, que vivió en China; otra novela, que se iba a desarrollar en Sudáfrica, sobre los chismorreos y los celos que se dan en un pequeño pueblo del Karoo. Y, cómo no, su epopeya rusa *Lydia Livingstone*, una gran historia de amor en la que iban a aparecer tres ciudades (París, Moscú, Nueva York), y en la que el autor quería utilizar el material narrativo

que le brindaba la familia jamesiana de su mujer. «Bruce acababa de empezar —asegura su amigo Salman Rushdie—. No tenemos sus libros desarrollados, los que podrían haber surgido del amor que le inspiraba su mujer. Sólo vimos el primer acto».

Uno de los títulos que le gustaban, aunque todavía no sabía de qué trataría el libro correspondiente, era *Bajo el sol*.

Fue un extranjero quien planteó la siguiente pregunta: «¿Por qué es tan significativa la muerte de Bruce Chatwin?». En un artículo publicado en junio de 1989 en el *Times Literary Supplement*, Hans Magnus Enzensberger la respondió a su manera: «No cabe duda de que Chatwin será recordado, y echado en falta, en tanto que narrador. Como contador de historias, había conseguido sobrepasar los límites convencionales de la narrativa, y, en sus crónicas, incluyó elementos del reportaje, de la autobiografía, de la etnología, de la tradición ensayística de la Europa continental, también chismorreos». Para Enzensberger, con quien Chatwin había proyectado un futuro paseo por el Muro de Berlín y a lo largo de la frontera con la Alemania Oriental, no bastaba con decir que el escritor había muerto joven, o que tenía una prometedora carrera por delante. «Chatwin nunca dio a los críticos, a los editores o al público lector lo que éstos esperaban. No temía defraudar, y consiguió sorprendernos en cada página». Enzensberger remataba: «Bajo la brillantez del texto se nota una presencia turbadora, algo sobrio, solitario, conmovedor, como sucede en Turgénev. Cuando releemos a Bruce Chatwin, encontramos en él muchas cosas que todavía no se han señalado».

Aunque nunca sabremos cómo nos habrían sorprendido sus textos no escritos, Chatwin sí nos ha legado una obra literaria que asombra por su capacidad de innovación, que es un verdadero conducto que nos permite volver a él e incluso obtener esa recompensa que apunta Enzensberger; desde las cartas y postales que escribió en su primera semana como interno en el colegio, cuando le faltaban dos semanas para cumplir ocho años, hasta muy poco antes de morir a los cuarenta y ocho.

Tras haber recibido el encargo, en el París ocupado por los nazis, de censurar la correspondencia de civiles procedente de Alemania, Ernst Jünger, tema de uno de los mejores ensayos de Chatwin, se hizo la siguiente reflexión en su diario: «En las cartas, la gente es capaz de hablar de lo que sea».

Ya estuviera mecanografiada en papel de Sotheby's, escrita a mano con una pluma Mont Blanc, en folios azules de una papelería de Mount Street (con su dirección impresa), o garabateada en el dorso de unas postales, con un lápiz de hotel mal afilado, la correspondencia de Chatwin revela mucho más de él de lo que estaba dispuesto a mostrar en sus libros.

Sólo en sus cartas contó que había estado presente, un día de febrero cerca de Johannesburgo, cuando desenterraron del suelo de la cueva de Swartkrans un fragmento partido del hueso de un antílope, resbaladizo y con motas oscuras, como si lo hubieran quemado: la que acabó siendo la prueba de «la primera vez que el ser humano había utilizado el fuego». Pese a lo brillante que era, Chatwin podía comportarse con una modestia irresistible, y escondía sus facetas más luminosas al tiempo que hacía lo mismo con las más oscuras. El Bruce Chatwin que aparece en *Los trazos de la canción*, *En la Patagonia* y *¿Qué hago yo aquí?* es su mejor personaje, el más logrado: observador, inteligente, ingenioso, heterosexual, generoso, intrépido. Dicho personaje contribuía de forma esencial a que su prosa resultara interesante. «En sus libros, no sólo te hablaba una voz muy característica —ha comentado Michael Ignatieff—, sino también ese personaje de fábula con el que se presentaba a sí mismo». El Bruce Chatwin de las cartas está menos seguro de quién es, se muestra más vulnerable pero más humano. Siempre preocupado por su salud y su situación económica; manteniendo una relación incómoda con su orientación sexual y con Inglaterra; sobre todo, incapaz de quedarse quieto en el mismo sitio, casi hasta llegar a la neurosis.

En su pasaporte, Chatwin puso que su ocupación era la de granjero, pero pasó su vida en movimiento; una gran parte de ella, estudiando a los nómadas. En la editorial Jonathan

Cape circuló un documento interno en octubre de 1982 que nos ayuda a entender cómo se desarrollaban sus viajes, lo amplios que eran sus recorridos, como los de una golondrina de mar. «Los de publicidad no tienen ni idea de cuándo estará Bruce Chatwin en Australia, ¡y su agente tampoco! Por lo que sabemos, sigue en Siberia u otra parte de Rusia». En uno de sus característicos cuadernos Moleskine copió esta reveladora frase de Montaigne: «Cuando me preguntan por qué viajo, suelo responder que sé muy bien de qué huyo, pero no lo que busco». En cuanto a los motivos de esa incapacidad de Chatwin para quedarse en un sitio, todavía no he encontrado una explicación más convincente que la que ha dado el escritor vietnamita Nguyen Qui Duc: «Antiguamente, los nómadas viajaban en busca de comida, cobijo, agua; los de la actualidad viajamos para buscartos a nosotros mismos».

Escrita con el desparpajo y la rotundidad expresiva que lo hicieron destacar como escritor, la correspondencia de Chatwin nos brinda una clara sinopsis de lo que le interesó y le preocupó a lo largo de cuarenta años. Cuando leemos sus cartas y sus postales lo acompañamos en sus viajes: por Sudán, Afganistán, Níger, Benín, Mauritania, Tierra del Fuego, Brasil, Nepal, la India, Alice Springs, Londres, Nueva York, Edimburgo, Wotton-Under-Edge, Ipsden, siempre en busca de esa inquieta quimera que era Bruce Chatwin, esa presencia esquiva y «turbadora», a la vez «sobria, solitaria y conmovedora».

En la actualidad, una vida revelada a través de las cartas no es tan lineal como una biografía. En ella se producen saltos en el tiempo y en el espacio, de forma muy parecida a la crónica que hizo Chatwin de sus viajes a la Patagonia y a Australia, una crónica desordenada, repetitiva, atestada de datos, centrada en el ahora. De forma muy frustrante, tampoco podemos pedirles a las cartas que nos ofrezcan lo que les pedimos sobre las fechas, los episodios y las personas que nos interesan, en aquellas ocasiones en que más luz podrían arrojar. Pero tienen

otra virtud: nos presentan una vida contada en tiempo real, con la voz y las palabras de su protagonista. Lo más cercano que tenemos a una conversación con él.

El narrador polifacético de los libros de Chatwin es una persona que cuenta muy poco, lo cual resulta llamativo. Es, literalmente, un artista del mimo, un personaje de observaciones lacónicas y comentarios lapidarios que disfrazan lo que está pensando; alguien que «da un paso atrás para ocultarse —como expresó su amigo Gregor von Rezzori—, con el buscado desapego de un artículo periodístico». Esa impresión es engañosa. En sus cartas, como en su vida, Chatwin era tan locuaz como Marcel Marceau cuando ya no estaba mudo sobre el escenario.

«Yo no creo en eso de confesarlo todo», le dijo una vez Chatwin a Paul Theroux, frase que se ha repetido muchas veces. En sus cartas no puede evitarlo. En ellas se ven sus ideas en bruto, su forma de intentar expresarlas por escrito: son una primera versión. También documentan el conflicto entre quien era y quien quería ser: experto en arte, marido, escritor, primero teórico académico, después impenitente narrador. No sólo sirven para que se comunique con el destinatario, sino que también constituyen una prolongada conversación consigo mismo.

El vecino de Chatwin en Gloucestershire, Jim Lees-Milne, anotó en su diario la opinión del duque de Beaufort, oriundo de aquella zona, de que «la posteridad nunca debería juzgar a la gente por su correspondencia, porque lo que una persona escribe un día es muchas veces lo contrario de lo que piensa al día siguiente». El cambiante flujo de los procesos mentales de Chatwin es, en parte, lo que confiere tanta vitalidad a estas cartas. No resulta infrecuente que cambie de idea de una carta a otra, incluso en párrafos de la misma misiva. Cambia la opinión sobre su casa, Australia, los africanos, sobre la posibilidad de acompañar a su mujer a la India. «Lo que hace es reflexionar por escrito y aclarar lo que piensa, como en una conversación», sostiene Elizabeth. Especialmente inestables

son sus planes de viaje, más imprecisos que la decisión, muchas veces revocada, de vender su pilar de cama maorí (que había sido de Sarah Bernhardt); más deslavazados que la larga historia sobre un esperadísimo cheque de James Ivory para pagar el alquiler de un coche durante una semana en Francia. En cuanto llega a un lugar, vuelve a echarse la mochila al hombro y empieza a planear la marcha. «Al principio todo es perfecto, pero se cansa muy pronto de los sitios y enseguida empieza a verles defectos».

Y, entonces, llega una postal enviada desde el siguiente destino.

Para Paul Theroux, con quien Bruce dio en una ocasión una conferencia en la Royal Geographical Society, las postales de Chatwin funcionan como si fueran tabloncillos de anuncios en miniatura, pues son «el medio perfecto para aquellos a quienes les gusta presumir; en ellas se combina la inmediatez, el bajo precio y una economía del esfuerzo»; gracias a ellas, el viajero puede seguir en contacto sin la profundidad y el compromiso de una carta. Pero otro escritor estadounidense, David Mason, no está tan seguro de que en esas postales incurra en el pecado de la autopromoción. Mason sólo vio a Chatwin una vez, en una parada de autobús de Grecia: «Lo conciso de su correspondencia con conocidos como yo creo que se debe a un carácter muy sociable. Algunos escritores se pasan el día promocionándose debido a una enervante inseguridad. Lo que Bruce me transmitió fue más bien un entusiasmo incontenible».

Ese entusiasmo fue precisamente lo que interesó a la editora de Chatwin, Susannah Clapp, quien piensa que las características de una postal casaban muy bien con la forma de escribir de Bruce, con su energía, su misterio, sus elipsis: le gustaban las frases cortas, los párrafos cortos, las descripciones condensadas de quien había redactado los catálogos de Sotheby's, de una persona aficionada a mandar postales. «Llenas de mordacidad, visualmente arrebatadoras, escritas durante los viajes —observa Clapp—, para Bruce Chatwin las postales

eran el medio de comunicación perfecto», que le permitían empezar a contar algo de sopetón, sin preámbulos. La que se ha convertido, con toda probabilidad, en su frase más conocida (aunque el original se ha perdido) aparece en el telegrama (aunque quizá era una carta) que se dice que envió al director de la revista de *The Sunday Times*, en el que decía ME HE IDO A PATAGONIA CUATRO MESES (aunque quizá eran seis). En una postal a su editor italiano (también perdida) se consignaba, al parecer, el siguiente aviso: «Australia es un infierno».

Una frase que vemos con frecuencia es «pienso mucho en ti». Una de las muchas personas que la recibió fue la poeta de Queensland Pam Bell, en cuya casa Chatwin se alojó en la etapa final de su segundo y último viaje a Australia. «Sus postales desprendían mucho cariño —ha declarado Bell—. Notabas que quería contarte las novedades. La gente dice muchas veces que se acuerda de ti y es mentira, pero en el caso de Bruce, sí percibías que, durante unos minutos, le importabas». Mandó otra postal al historiador Robin Lane Fox, especializado en historia antigua y descendiente del general Augustus Pitt Rivers, que había reunido una valiosísima colección de bronce de Benín, obtenidos en un saqueo llevado a cabo por los británicos en 1897. «En ella, Bruce me decía que, si no me ponía en contacto con él, me mandaría una expedición de castigo y me quitaría las tazas de porcelana china».

No a todo el mundo le entusiasma Chatwin. Insuficientemente valorado a lo largo de casi toda su carrera literaria (más o menos hasta la publicación de *Los trazos de la canción*, en 1987), tras su muerte su prestigio creció de forma acelerada y se convirtió brevemente en un escritor de culto, aunque enseguida perdió parte de esa buena fama. El escritor más valorado de Inglaterra, Alan Bennett, reaccionó de forma muy crítica al leer la introducción de Chatwin a *Viaje a Oxiana*, de Robert Byron. «Una tarde —escribe Chatwin— me llevé *Viaje a Oxiana* a la mezquita [de Shei Luftullah, en Isfán] y me senté, con las

piernas cruzadas, a admirar tanto los azulejos como la descripción que Byron hace de ellos».

«Lo que no me gusta es lo de “con las piernas cruzadas” —dice Bennett—, en parte porque, si te quedas cinco minutos así, luego no te puedes mover. ¿Para qué nos lo cuenta?». A Bennett le producía rechazo lo que él percibía como el «esnobismo» de Chatwin frente a los viajeros que habían llegado después de Byron, «las hordas de jóvenes que empezaron a recorrer mundo en los sesenta y los setenta». Tampoco le impresionó mucho a Bennett la descripción de cómo Wali Jahn llevó a Chatwin a un lugar seguro cuando éste tuvo una infección en la sangre, un pasaje que le pareció «copiado de Buchan», con «el grado permitido de camaradería masculina, en la que dos hombres se cuidan y lloran el uno por el otro de forma muy noble».

Barry Humphries también fue uno de tantos antiguos amigos que fingió haber dejado de sentirse impresionado por su literatura; escribió en el *Spectator*, en mayo de 2006: «Por cierto: en mi lista de cosas sobrevaloradas de forma exagerada están Starbucks, Bruce Chatwin, “los bañistas” de Cézanne, la sopa de cebolla francesa, Bob Dylan, las cataratas de Niágara, *Ciudadano Kane*, el Caribe, las novelas de Patrick O’Brian, el pilates, el bogavante, *El señor de los anillos* y casi todas las esculturas». Sin embargo, a la generación que ha crecido husmeando por internet le puede dar la impresión de que Chatwin, lejos de estar sobrevalorado, ha vuelto al anonimato en el que trabajaba cuando escribía, en el que publicó sus tres primeros libros. Cuando me entrevistaron en Australia, doce años después de su muerte, un joven periodista me preguntó, perplejo: «¿Quién era Bruce Chatwin?».

Yo respondí que, en dos palabras, Chatwin fue un precursor de internet: una gran autopista con un sinfín de conexiones, sin fronteras, que brinda un acceso inmediato a distintas culturas. Fue un narrador dotado de una prosa intensa, a la vez prístina y densa, que nos presentó una forma completamente nueva de representar la idea del viaje; además, en sus seis

libros exploró la posibilidad de que exista algo maravilloso que nos una a todos, nos inundó de información pero también nos dejó la promesa de que algún día llegaríamos a la raíz de todo. Y cité unas declaraciones de su amigo Robyn Davidson: «Planté unas preguntas que todos queremos ver respondidas y nos dio la ilusión de que podían tener respuesta».

Si esas preguntas no han desaparecido, tampoco lo han hecho las dudas sobre su reputación. Los signos de interrogación del título de su último libro siguen cerniéndose sobre la personalidad del escritor, que, sin que se presenten grandes pruebas, ha sido acusado de inventarse las cosas, de no contar la verdad. Puede que haya cometido otros pecados: por ejemplo, no decirle a Anatoli Sawenko que el protagonista de *Los trazos de la canción* se basaba en él, o no mandarle un ejemplar del libro publicado. Pero Chatwin no fue un «traficante de mentiras». Al repasar su obra he encontrado errores, pero sólo se inventa algo en un número de casos sorprendentemente pequeño, menos de los que vemos en algunos de sus seguidores, o en Norman Lewis, por ejemplo, un escritor de viajes de prestigio duradero a quien todos consideran la voz de la verdad, cosa que habría divertido enormemente a Chatwin, como seguramente era el caso.

«Negaré hasta el día que me muera que Bruce fuera un farsante y un impostor —declara Robin Lane Fox—. No creo que fuera nada de eso. Tenía unos conocimientos muy sólidos y todo un abanico de referencias fragmentadas e íntimamente observadas que era capaz de unir en un todo absolutamente original, yendo mucho más lejos de todo lo que suele publicarse. No había ningún objeto que yo mencionara y que él no conociera ya: un bronce espartano, el cráter Vix de Borgoña, una fuente de plata de un elefante griego de Bactria y el dibujo de un objeto visto en las islas del canal de la Mancha en el siglo XIX y ahora desaparecido. Siempre se sacaba algún as de la manga y me contaba un dato desconocido; nuestras discusiones nos llevaban de un lado a otro, de Rusia a Siberia, y él me mostraba toda la potencia de su imaginación, completamente espontánea

pero basada en conocimientos de verdad. No eran chorradas inventadas; sabía de lo que hablaba, vaya que si sabía. Aprendí mucho de Bruce».

Según Elisabeth Sifton, su editora estadounidense: «Bruce era un artista, no un mentiroso». Paradójicamente, no tenía la capacidad de inventar ficciones, sí la imaginación para narrar historias, para relacionarlas, ampliarlas, darles color y mejorarlas, pero no para inventar. Obedezca esto o no a la inseguridad que siente todo autodidacta, Chatwin, más que la mayoría de escritores, se sentía obligado a ver en persona a aquellos sobre quienes escribía, a ir a los sitios, a leer los libros, en el idioma original cuando le era posible. «Pero su arte a la hora de ordenar, componer y dar chispa al material se parecía más al de un novelista que al de un periodista», matiza Sifton.

Quizá la mejor forma de entender sus historias es tratándolas del mismo modo en que Graham Speake nos recomienda que consideremos las de los monjes del monte Athos, el lugar que, en aspectos muy señalados, marcó el final de la búsqueda de Chatwin; es decir, como «adornos de una verdad fundamental». En sus peores pasajes, puede resultar tan irritante como cualquier escritor; puede resultar frío, imperioso, de un exotismo exagerado. En los mejores, no obstante, no se muestra parco con la verdad, sino que más bien la derrocha. No dice medias verdades, sino verdades y media.

Las mayores suspicacias que despierta Chatwin están relacionadas con la manera en que se cree que abordó la enfermedad que lo mató: murió de sida, pero en público negó padecerla. Ese desmentido creó la percepción de que, si había mentido sobre su vida, tenía que haber hecho lo mismo en su obra. Algunos lectores han aprovechado ese detalle para emitir un juicio sobre sus libros, o directamente para no leerlos. Cabe repetir que sus informes médicos confirman que nunca declaró nada más que aquello que sus médicos del hospital Churchill de Oxford le permitieron que creyera. En la época en que se puso enfermo, a mediados de los años 80, todos los afectados de sida tenían el VIH, pero no se sabía a ciencia cierta si

todos los infectados de VIH contraían automáticamente el sida. La enfermedad, que había aparecido en 1981 en Nueva York, seguía siendo relativamente nueva en Inglaterra, algo «misterioso y vergonzoso», según expresa el escritor gay Edmund White, uno de los hombres que se acostaron con Chatwin.

Fueran cuales fueran los miedos íntimos de Chatwin en esta época de profunda angustia generalizada, se aferró al resquicio de esperanza que le ofrecía la presencia de un hongo por aquel entonces muy raro, pensando que quizá no acabaría desarrollando el sida (ahora se sabe que ese hongo avisa de que existe la enfermedad). También es injusto juzgarlo por cualquier declaración que hizo después de que se le infectara el cerebro. Cuando su VIH pasó a ser un sida plenamente desarrollado, acabó pareciéndose mucho a la descripción que él mismo había hecho de Rimbaud, que murió en un hospital de Marsella en 1891, «farfullando en medio del delirio y soltando un flujo de imágenes poéticas que a su hermana Isabelle, pese a tener papel y lápiz a mano, no se le ocurrió anotar».

Una muestra típica del carácter polifacético de Chatwin fue que, después de su muerte, sus amigos se pusieran tan poco de acuerdo respecto a su figura como los lectores y los críticos. En Australia, Murray Bail, una de las personas con las que más se había escrito, reaccionó a la noticia del fallecimiento con un único párrafo, una anotación en su diario de una lacónica concisión que resulta muy chatwiniana. «18 de enero de 1989. Una cabezota y unos saltones ojos azules. Sin sentido del humor, pero sabía reconocer y narrar bien una historia siempre basada en una persona, una experiencia normalmente llevada al límite. Muy viajado: geográfica, intelectual, estética y, al parecer, sexualmente. Estos extraños sentimientos encontrados cuando un amigo, incluso un conocido, muere muy lejos».

Si, según el recuerdo de Bail, la falta de sentido del humor era la característica más destacada de Chatwin, para Patrick Leigh Fermor, que escribió las siguientes palabras en Grecia, su humor de niño era el atributo que más valoraba en él: «Aunque muy maduro en cuanto a experiencias, discernimiento y

conocimientos, tremendamente viajado y capaz de desenvolverse en cualquier sitio del mundo, desprendía un aura, de lo más convincente, de niño prodigio que ha crecido de repente y se ha convertido en una especie de Radiguet de los espacios abiertos. Todo, su llamativo atractivo físico, la fluidez y el brío de su conversación, sus extraordinarias aventuras, su carácter arrebatado, su forma de disfrutar, su humor, las risotadas casi diabólicas con que acababa algunas de sus frases... todo aquello transmitía una profunda sensación de juventud y hacía que la enorme amplitud de sus temas de conversación pareciera todavía más sorprendente». Lo que Leigh Fermor más echaba de menos de su «compañero de extraordinario talento, súbitamente ausente» era «la energía, la originalidad, las risas».

Para Salman Rushdie, Chatwin era una de las dos personas más graciosas que había conocido en su vida. «Era divertidísimo, conseguía que te revolcaras por el suelo de la risa y que te doliera todo».

En un intento por definir la naturaleza esquiva de Chatwin, la novelista Shirley Hazzard dijo que era un iluminador, que difundía luz como si fuera un arbusto alcanzado por un rayo que alguien había metido en la cueva de Swartkrans. Mientras yo me esforzaba por dar forma a su vida, Hazzard me dijo en una carta: «Lo que resulta difícil es transmitir cuántas cosas daba a los demás, sobre todo con el encanto de su presencia y sus cristalinas versiones de algo que hasta entonces parecía común y corriente».

Ninguno de sus compañeros de Sotheby's adivinó que acabaría renunciando a un lucrativo puesto de socio en la empresa para ponerse a estudiar arqueología; menos aún que se convertiría en escritor. «Nadie habría pensado que ese adolescente tardío era capaz de escribir algo más que su nombre», dijo Von Rezzori en *Anecdote* [Anecdotario]. Si el personaje que presentaba el Chatwin de carne y hueso era un torbellino en perpetua metamorfosis («Creo que yo apenas lo conocía, había muchas personas dentro de él», declara su cuñada), lo mismo les sucede a sus libros, cada uno situado en un continente

distinto: se resisten a entrar en ninguna categoría. Casi nadie entendió lo que pretendía ni su relevancia mejor que un escritor alemán que sólo lo conoció por escrito. De todos los escritores a los que Chatwin liberó, W. G. Sebald fue el más importante. En el último ensayo que éste publicó antes de su muerte, también prematura, aborda el gran logro de Chatwin: derribar las barreras impuestas por editores, libreros y críticos. Siguiendo su ejemplo, haciendo caso omiso de las restricciones de los límites convencionales, Sebald acababa sugiriendo que el poderoso legado de Chatwin no sólo apuntaba al pasado, sino también al futuro:

«Del mismo modo que el propio Chatwin sigue siendo, en última instancia, un enigma, nunca sabemos cómo clasificar sus libros. Lo único evidente es que su estructura y sus intenciones hacen que no podamos situarlos en ningún género conocido. Inspirados por una suerte de avidez por lo desconocido, avanzan siguiendo una línea cuyos puntos de demarcación son esas extrañas manifestaciones y objetos que no sabemos muy bien si son reales, o si se cuentan entre los fantasmas generados en nuestras mentes desde tiempos inmemoriales. Unos estudios antropológicos y mitológicos, siguiendo la tradición de Lévi-Strauss en *Tristes trópicos*, unas series de aventuras que nos recuerdan las lecturas de la infancia, unas colecciones de datos, unos cuadernos donde se anotan los sueños, unas novelas regionales, unos ejemplos de lo exótico y exuberante, una penitencia puritana, una arrebatadora imaginación barroca, una negación de quien uno es y una confesión personal... sus libros son todo eso a la vez. Seguramente les hacemos más justicia si valoramos su promiscuidad, que rompe el molde del concepto modernista, en tanto que tardío fruto de esas crónicas de viajes que empezaron con Marco Polo, cuya realidad se introduce continuamente en el ámbito de lo metafísico y lo milagroso, en las que el recorrido a través del mundo depende, desde el principio, del objetivo que quiere alcanzar el escritor».

El proceso de localizar la correspondencia de Chatwin empezó en 1991, cuando me encargaron que escribiera su biografía autorizada. Decidí pasar siete años investigando su vida y utilicé a placer las cartas que descubrí mientras iba entrevistando a personas de veintisiete países. Casi todos (hubo una excepción) me dieron permiso para citarlas sin cortes. Con algunos de sus corresponsales estuve hablando bastante tiempo; a otros nunca llegué a verlos. Tras publicar un anuncio en *The Times Literary Supplement*, después de la edición de la biografía en 1999, obtuve cinco respuestas y las copias de sus cartas a Michael Davie, David Mason, Charles Way y J. Howard Woolmer. En este libro se incluye en torno al noventa por ciento del material reunido a lo largo de casi dos décadas. Lo que esperamos es que, gracias a este libro, acabemos descubriendo más. Un día después de entregar el manuscrito al editor, encontraron nada menos que cuatro cartas y una postal escritas a Susan Sontag en un archivo de Los Ángeles, y hemos podido añadirlas.

Los principales corresponsales de Chatwin fueron sus padres, Charles y Margharita, que a principios de la década de 1960 se marcharon de Brown's Green Farm, a las afueras de Birmingham, y se instalaron en Stratford-upon-Avon, donde pasaron el resto de sus vidas; Elizabeth Chanler, con quien Chatwin estuvo casado veintitrés años, pese a una breve separación a principios de los años 80; la madre de ésta, Gertrude Chanler, que vivía en Geneseo, en el estado de Nueva York; Cary Welch, un coleccionista estadounidense casado con Edith, prima de Elizabeth; Ivry Freyberg, hermana de Raulin Guild, su mejor amigo de Marlborough; John Kasmin, un marchante de Londres con el que viajó a África, Katmandú y Haití; Tom Maschler, su editor en Jonathan Cape; Diana Melly, su anfitriona en Gales; el escritor Francis Wyndham, que colaboró con él en la revista de *The Sunday Times*, el primero a quien dejaba ver sus manuscritos terminados; los escritores australianos Murray Bail, Ninette Dutton y Shirley Hazzard; James Ivory, el director de cine estadounidense, que pasó con él en

Francia el verano de 1971; Sunil Sethi, un periodista indio al que conoció en 1978 mientras seguía a la señora Gandhi.

No reviste gran importancia el asunto de las relaciones sentimentales. Chatwin suele demostrar más sus sentimientos a aquellos a quienes conoce brevemente en lugares lejanos. «Entre los gitanos no abundan los amantes nostálgicos —escribió en un cuaderno de notas—. El amor romántico ocupa un papel tan insignificante que casi deja de existir». Las cartas que puede haber escrito a Donald Richards o Jasper Conran no han salido a la luz, si es que llegaron a existir («A mí nunca me escribió», he declarado Conran); las que le mandó a Andrew Batey desaparecieron en una inundación en el valle de Napa.

También faltan otras misivas a Penelope Betjeman, Werner Herzog, David Nash, Robin Lane Fox, Gita Mehta, Redmond O'Hanlon, David Sulzberger; también las de los archivos de Sotheby's y de la revista de *The Sunday Times* en los años en que trabajó en ambos sitios.

En las notas al pie aparecen incorporados los comentarios de Elizabeth Chatwin al texto, con los que se pretende transmitir la sensación de que se está produciendo una conversación. El poeta Matthew Prior lo expresó bien en «A Better Answer to Chloe Jealous» [Una mejor respuesta a los celos de Chloe]:

*No matter what beauties I saw in my way;
They were but my visits; but thou art my home.*

[Por muchas bellezas que haya encontrado en el camino sólo han sido visitas; mi hogar eres tú.]

Para incluir el mayor número posible de cartas y evitar las repeticiones, hemos cortado, a veces muy ampliamente; todos los cortes aparecen marcados con corchetes. En las ocasiones en que Chatwin contó los mismos acontecimientos, del mismo modo, a varias personas, hemos elegido la versión más larga o más interesante. Otras veces, sobre todo en las descripciones de la muerte de Penelope Betjeman, de la casa que alquiló

en la India mientras terminaba *Los trazos de la canción*, y de su enfermedad, hemos incluido versiones distintas para mostrar que no son tanto repeticiones sino síntomas de cómo su mente procesaba los acontecimientos. En un caso hemos omitido una única palabra para no causar malestar a una persona que todavía vive. No nos ha importado presentar a Chatwin de modo favorable o desfavorable. Hemos intentado seguir los consejos de Isaiah Berlin, que escribió en una carta: «Todos tenemos mucho más que ganar, no que perder, si se publican documentos que pueden resultar indiscretos, pues siempre acaban saliendo y entonces hacen más daño que si se sacaran abiertamente, con sinceridad y rapidez». Lo que ha condicionado nuestra elección ha sido la consideración de si el material era interesante o revelador. Hemos corregido errores muy obvios; hemos unificado la puntuación, las direcciones y la ortografía, aunque, en este último aspecto, hemos respetado sus faltas de los años escolares. Poner fecha a los documentos, incluso cuando aparece en ellos, no siempre ha resultado fácil. Chatwin ni siquiera sabía muy bien cuándo caía el cumpleaños de su mujer; en varias cartas no sólo aparece mal el mes, sino también el año.

Si Bruce Chatwin hubiera redactado una autobiografía, ¿hasta qué punto se parecería a esto? Si hubiera vivido, ¿cuántas partes de este libro habría omitido o reescrito? No dejamos de plantearnos esas preguntas mientras preprábamos *Bajo el sol*. Las respuestas se encuentran, inevitablemente, en el mismo ámbito que sus libros no escritos. Pero aquí aparece una versión fascinante de su vida, desde el primer domingo en el colegio Old Hall, de Shropshire, cuando se sentó después del servicio religioso a escribir a sus padres.

NICHOLAS SHAKESPEARE

CAPÍTULO UNO

EL COLEGIO: 1948-1958

Bruce Chatwin fue concebido en un hotel al sur de Aberystwyth y nació el 13 de mayo de 1940 en la maternidad de Shearwood Road, en Sheffield. Su padre, Charles Chatwin, ejercía la abogacía en Birmingham, y estaba en alta mar con la Marina cuando Bruce nació. Su madre, Margharita Turnell, hija de un empleado de un fabricante de cuchillos de Sheffield, lo crió en las casas de tíos abuelos, tías abuelas y abuelos. Tuvo un hermano pequeño, Hugh, nacido el 1 de julio de 1944.

Durante los seis primeros años de Chatwin, la madre y el hijo lo fueron todo el uno para el otro, mientras huían del ruido de la guerra. El bombardeo de saturación sobre Coventry de noviembre de 1940, que en una noche arrasó el centro de la ciudad, asustó tanto a Margharita que renunció (sin decírselo a su marido) a la casita que Charles les había alquilado en Barnt Green; la fábrica de Austin Motor de Birmingham, donde se hacían los Hawker Hurricanes, estaba al otro lado del ferrocarril, en el camino que recorrían los navegantes de la Luftwaffe. El recuerdo del impresionante resplandor naranja en el cielo nocturno siguió atormentando a Margharita mucho después de su huida al norte; estuvo sufriendo ataques de pánico. Hablaba sola, gritaba, buscaba a su marido ausente. «¡Charles! ¡Charles!». «¿Qué pasa, mamá?». «Oh, nada, cariño, nada». Mientras iban desplazándose por tren de una residencia a otra, entre las que se contaban unos cuchitriles en Baslow y Filey, a Chatwin le tocó cumplir el papel de niño valiente que cuidaba de su angustiada madre, pues eso era lo que sus tíos le habían pedido.

Cuando Charles volvió de la guerra, la familia se instaló primero en Birmingham, en una casa alquilada de Stirling Road que el ejército había utilizado como burdel; después, en abril del 1947, en Brown's Green Farm, a veinte kilómetros al sur de Birmingham,

una parcela «bastante abandonada» de cuatro hectáreas, con un alquiler de noventa y ocho libras al año. Durante la semana trabajaba de abogado, pero Charles empezó a explotar la granja los fines de semana y acabó teniendo cerdos, gansos, patos y doscientos pollos. «Crecimos como niños de campo, vinculados al ritmo de las estaciones», rememora Hugh.

A finales de abril de 1948 entró en el colegio Old Hall, de Shropshire. La primera carta que nos ha llegado la escribió después de asistir a uno de los tres servicios religiosos que se celebraban los domingos en la capilla. Tenía siete años, y pasaría la siguiente década interno.

El colegio Old Hall, una casa solariega del siglo xv situada en un terreno de diez hectáreas, era una institución privada para ciento ocho hijos de profesionales liberales y dueños de fábricas de los Midlands, y el feudo personal de Paul Denman Fee-Smith, un corpulento y enérgico soltero que lo anunciaba como «El mejor colegio de enseñanza primaria de Inglaterra». Fee-Smith era un hombre de rígida fe anglocatólica, que los domingos organizaba tres servicios en la capilla con toda la parafernalia sacerdotal: casulla, sobrepelliz y capa. Lo que más le gustaba leer eran las historias del hijo pródigo, de Daniel y el león, la conversión de Saúl. Los chicos lo llamaban «el jefe». Su afición por las vestiduras y su conocimiento enciclopédico de la Biblia dejaron una huella indeleble en Chatwin.

En Old Hall, Bruce llevaba una gorra y una chaqueta de color granate y gris. Podía jugar las tardes de los lunes, martes y viernes, y destacó en boxeo y teatro. En esa época todavía lo llamaban Charles Bruce Chatwin, aunque, como hacía bastante ruido, lo acabaron apodando «Chatty» [Parlanchín].

El director advirtió la incapacidad de Chatwin para estarse quieto en su primer informe: «Es descuidado y se desconcentra fácilmente. Es muy pequeño y apenas ha superado la fase egocéntrica, ¡a veces actúa de forma muy infantil y ruidosa!». Hugh se explicaba muy claramente el origen del comportamiento de su hermano mayor. «Según lo veía yo, Bruce estaba escapando del trauma de la guerra imaginando que se metía en la piel de diversos personajes, narrando historias lo bastante buenas para convertirse en el centro de atención».

La ortografía nunca fue su punto fuerte. Como casi todos los alumnos, escribía las cartas a casa utilizando las fórmulas que le habían enseñado; todas empezaban con un «espero que estéis bien» y las iba llenando con resúmenes de películas, libros que pedía, madera para montar maquetas de casas o granjas, o crónicas sobre su gripe; al final ponía una sola palabra por línea.

Las vestimentas, la interpretación, la religión; ya mostraba aquello que W. G. Sebald llamó «ese arte de la transformación que tan natural le resulta, la sensación de que siempre está sobre el escenario, ese conocimiento intuitivo de los gestos que impactan al público, ese gusto por lo raro y escandaloso, por lo terrible y lo maravilloso, todo aquello que, sin duda, eran requisitos previos para su talento como escritor».

A CHARLES Y MARGHARITA CHATWIN

Colegio Old Hall, Wellington, Shropshire,
2 de mayo de 1948

Queridos papá y mamá:

Éste es un colegio precioso. Nos han puesto una película muy bonita que se llama *El tren fantasma*. Trataba de un tren que, todos los años, a medianoche, llegaba a la estación, y, si alguien lo miraba, moría. Soy el segundo de la clase.

Con cariño,
Bruce

Colegio Old Hall, Wellington, Shropshire,
31 de octubre de 1948

Queridos papá y mamá:

La maqueta del avión volaba muy bien, pero ha chocado con un abeto y se ha roto. Hasta entonces volaba muy bien. Ayer jugamos contra Packwood Haugh y quedamos empatados.

Esta semana he sido el octavo de la clase. El latín se me da muy bien. En historia me han puesto un sobresaliente. En matemáticas estoy el décimo. La tía Gracie¹ me ha mandado una postal de la Torre de Londres. Muchas gracias por enviarme los sellos y los cromos. El boxeo se me da muy bien. Tengo que boxear un poco más. Por favor, mandadme más sovres con sello porque estoy escribiendo muchas cartas. Enviadme también *Golondrinas y Amazonas*.*

Con cariño,
Bruce

Colegio Old Hall, Wellington, Shropshire,
domingo 13 de marzo de 1949

Queridos papá y mamá:

Espero que estéis bien. Ayer escribí al tío Humphry y a la tía Peggey.² Me gusta mucho lo que me contáis sobre Brig.³ Decidle a Hugh que volveré pronto a casa. Gracias por vuestras atenciones. Ayer la clase IVa ofreció un espectáculo de variedades. Organizaron un concurso. Pidieron que un niño subiera al escenario para hacerle dos preguntas. Subí yo y me preguntaron cuál era la estructura más antigua de Inglaterra, cuánto miden las aspas de un helicóptero, y después me tuve que disfrazar de bebé. Purce hizo de niñera. Tuve que coger un muñeco y un sonajero, y meterme en un cochecito. El jueves fue

1 La menor y más extrovertida de las dos tías solteras de su padre.

* El primero de una serie de libros de aventuras para niños de Arthur Ransome (1884-1967) [*Las notas con asterisco son de los traductores.*]

2 Humphrey Chatwin trabajaba en la compañía ferroviaria Gold Coast Railway. El 8 de diciembre de 1949 fue asesinado por su cocinero, en Takoradi.

3 Hugh Chatwin: «Brig era un cachorro Bull Terrier de Staffordshire al que le encantaba jugar y alborotar con todos los animales de la granja. Desgraciadamente, como se demostró que las regañinas no hacían mella alguna en él, acabó conociendo el destino que aguardaba a todos los perros que molestaban a las ovejas de las granjas cercanas».

el cumpleaños del señor Fee Smith. Jugamos a buscar el tesoro y por la tarde nos pusieron unas películas. Eran dos de dibujos animados, una se llamaba *Andy Panda in Nuttywood Cavern*, y la otra *The Pecquiler Penguins*.

Con mucho cariño,

Bruce

También hemos visto una que se llama *For those in Peril* [Para los que están en peligro].⁴

Colegio Old Hall, Wellington, Shropshire,
6 de noviembre de 1949

Queridos papá y mamá:

Espero que estéis bien. Los fuegos artificiales de ayer fueron una auténtica maravilla. Lanzaron ciento treinta cohetes, catorce girándulas, cuatro castillos y muchas cosas más. No sé si os habéis enterado de lo que ha pasado en la empresa piro-técnica Poenix. Alguien puso pólvora en unos fuegos artificiales falsos y se produjo una explosión terrible en Okengates, y se rompieron todas las ventanas de ese barrio, y una chica de diecisiete años resultó herida. Nosotros teníamos muchos, así que formamos un paquete con ellos y los tiramos al estanque de las barcas. En la siguiente carta ya me habrán dado las notas de mitad de trimestre. El miércoles jugamos un partido contra Abberly Hall. Ganamos por 2 a 1. Hoy hemos ido a la capilla para celebrar un oficio y conmemorar a los caídos en las guerras.

Bruce

No está tan claro que estuviera siempre tan de buen humor en Old Hall como dan a entender las cartas que mandaba a casa; eso es lo

4 Largometraje de 1944 basado en un cuento del piloto de combate Richard Hillary, sobre las lanchas de salvamento por mar y aire que patrullaban el canal de la Mancha para recoger a aviadores abatidos.

que sugiere un relato que escribió al final de su vida y que presenta una imagen menos fabulosa de la Noche de las Hogueras y, en general, de la vida en el colegio.

En un muro de la capilla había una placa de latón, en honor de un chico que había muerto en Old Hall el 9 de septiembre de 1923, con diez años. Hugh dice: «En mi época, ninguna de las supervisoras negaba la versión, repetida frecuentemente entre los alumnos, de que Tommy Woodhouse había muerto de estreñimiento a causa de una travesura bastante tonta, con la que quería romper las reglas». Aquello se convirtió en la génesis del último texto literario que terminó Chatwin. En «The Seventh Day» [El séptimo día] aparece un muchacho nervioso, flaco y religioso (claramente, un trasunto del escritor), de ocho años y espeso cabello rubio, que no quiere en absoluto volver al colegio interno, hasta el punto de que se pone enfermo adrede. Otros chicos se burlan de él por su estreñimiento («Quería que dejaran de reírse de él cuando le costaba ir al baño. En los inodoros no había puertas»). También se burlan del coche de su padre («No era un coche, sino una furgoneta Ford de color gris, que tenía las ventanillas en la parte de atrás y asientos de plástico, y que a veces apestaba»). También se burlan porque lo ven como alguien independiente. «Odiaba el colegio porque nadie lo dejaba en paz. Como era muy flaco, odiaba que el director le hiciera cosquillas. Odiaba al chico que le había robado las canicas y al que le había inmovilizado en la cama y le había frotado el pecho con un cepillo. Por las noches, con las luces apagadas, los otros comentaban entre cuchicheos los planes que tenían para el futuro. Iban a tener mujeres e hijos. Él se escondía debajo de la sábana y se imaginaba que era el último hombre que quedaba sobre la faz de la tierra tras la explosión de la bomba atómica. Se veía caminando con una túnica blanca por un paisaje calcinado».

Ese chico también odia la Noche de las Hogueras. «Los muchachos tallaban rostros en las calabazas. Uno de ellos hizo al señor Attlee, al que puso un sombrero de espantapájaros y una escoba de bruja, y un bigote hitleriano. Él odiaba a los profesores por tener tan alterados a los alumnos. Se internó en la oscuridad y lloró por la señora Attlee».

Este último episodio sucedió, con toda probabilidad, tras la derrota del gobierno laborista de Clement Attlee frente a los conservadores de Winston Churchill, en octubre de 1951. Chatwin esgrimía ese incidente como la razón de que «nunca, ni siquiera en mi etapa capitalista, haya podido votar a los conservadores».

Hugh añade: «Hubo dos vertientes en los primeros años de Bruce. Por un lado estaba su capacidad de identificarse con los adultos y su mundo, de hacer suya la alegría con que expresaban todas las esperanzas depositadas en la generación de niños nacidos durante la guerra; pero también estaba la cuestión íntima, la del pequeño que no había crecido junto a otros niños y que se vio encerrado en una institución muy estricta, en la que imperaba una gran disciplina y que se parecía a un seminario. Old Hall podía dar miedo».

Colegio Old Hall, Wellington, Shropshire,
3 de octubre de 1950

Queridos papá y mamá:

Espero que estéis bien [...]. Aquí ha nevado. La nieve se está fundiendo y hace muchísimo calor [...]. En matemáticas he quedado el décimo, con una puntuación de treinta y ocho. En religión cuarto, con una puntuación de cincuenta y dos. En historia tercero, con cincuenta y cuatro. La obra de teatro ya va muy bien. Hoy echan por televisión *El sueño de una noche de verano* y vamos a verla. El señor Fee Smith ha alquilado un televisor enorme de quince pulgadas. Hoy ha habido una ceremonia muy bonita en la capilla por ser Domingo de Adviento. He terminado la maqueta del barco, así que, por favor, mandadme barniz azul y plateado y dos pinceles. Los podéis comprar en el Model Aerodrome. El lunes me dieron unos azotes⁵

5 H.C.: «En el colegio, los profesores recurrían a diversos métodos para imponer disciplina. El señor Peregrine (de latín) siempre tenía a mano una zapatilla; El señor Pye (de matemáticas) prefería dar golpes con el

por negarme a entregar una nota de mala conducta que no me merecía. Estaba discutiendo con el maestro (el señor Poole), pero yo llevaba razón. Él sabía que le estaba ganando, así que me dijo: «Bueno, ya es demasiado tarde, se lo he contado al señor Fee Smith y me ha dicho que te escriba una nota de mala conducta, me lo ha pedido él».

Con cariño,
Bruce

Colegio Old Hall, Wellington, Shropshire,
7 de octubre de 1951

Queridos papá y mamá:

Los fuegos artificiales del viernes por la noche fueron muy bonitos. Hubo unas girándulas muy grandes. A mí me pidieron que sostuviera un cohete muy bonito que se llama «estrella voladora». El martes nos pusieron una película preciosa que se llamaba *The Overlanders*, sobre el pastoreo en Australia. Los personajes iban desde el Territorio del Norte hasta Queensland. Llegaban a un río profundo donde había dos cocodrilos enormes. Cuando el carromato lo estaba atravesando uno de los bichos se despertaba y se metía en el agua, después se acercaba al carro, uno de los hombres le disparaba y lo mataba y después llegaban a una ciudad que atravesaban con el ganado. Entonces uno de ellos se caía del caballo, se rompía el brazo y una res le pasaba por encima y le rompía la pierna, así que se pasaba tres días en el ospital y se quedaban seis días sin agua. Luego encontraban agua en una bomba eólica pero se secava

lado plano de unos compases de madera. Si cometías una falta más grave, la "nota de mala conducta" te obligaba a reunirte por la tarde con el director. Normalmente, éste acompañaba sus reprimendas con dos, tres o cuatro precisos azotes propinados con una vara de bambú de más de un metro. A la hora del baño, los enamorados traseros brindaban tema de conversación a los otros chicos. Ésa fue la única ocasión en que azotaron a Bruce, mientras que a mí me tocó cuatro veces. No se quejó».

cuando los caballos todavía habían bebido muy poco. Los dejaban descansar y había un incendio. Los animales echaban a correr hasta que olían agua, los hombres corrían detrás pero sólo era un pantano. Intentaban recuperar las reses pero los caballos se habían envenenado y, aunque corrían muy rápido, se acababan desplomando y morían. Los hombres volvían al carromato. Un día, mientras estaban tumbados en una roca, aparecían unos caballos salvajes; los hombres fabricaban una valla de alambre, los atrapaban y los domaban; así volvían a tener caballos. Luego subían una montaña y cuando ya casi habían llegado arriba un árbol les impedía seguir avanzando, un hombre conseguía llegar a la cima pero ya era demasiado tarde: dos de las reses se despeñaban. Entonces ese hombre, al llegar a la cumbre, ataba una cuerda al caballo y arrancaba el árbol; el animal casi se caía por la ladera, pero él cortaba la soga y bajaban.

Con cariño,
Bruce

En el verano de 1953 Chatwin aprobó el examen para pasar a la secundaria y lo aceptaron en el colegio Marlborough, en Wiltshire. El 22 de julio Fee-Smith escribió a sus padres: «Muchas gracias por el cheque para poner en el jardín un banco con el nombre de Bruce, que quedará inscrito junto a la fecha de su partida. Lo echaré de menos el trimestre que viene; es un muchacho espléndido y es un placer estar con él».

En septiembre de 1953, después de pasar las vacaciones navegando por el río Hamble, los padres de Chatwin lo llevaron, en su viejo Rover negro, a que empezara a estudiar en Marlborough, un colegio privado fundado en 1843 para educar a los hijos de párrocos con pocos recursos. Pasó el primer año en Priory, una agradable residencia para alumnos de primer año situada en el centro del pueblo, con un terreno de casi una hectárea que iba bajando hacia el río Kennet.

Bruce Chatwin es uno de los escritores más enigmáticos del siglo xx. Libros ya clásicos como *En la Patagonia* o *Los trazos de la canción* escapan a toda clasificación, y se revelan como textos fantásticos, donde Chatwin se mimetizó con los entornos visitados al grado de crear una realidad particular para los mismos. Como revela su biógrafo Nicholas Shakespeare en la introducción a estas *Cartas*, Chatwin era un personaje de sí mismo, y el álgter ego que aparece en sus obras es muy distinto del Chatwin que muestra su correspondencia, publicada luego de un meticuloso trabajo editorial de veinte años llevado a cabo entre Shakespeare y la viuda del escritor, Elizabeth Chatwin.

Como si supiera desde siempre que su vida se vería interrumpida de manera abrupta, Chatwin escribió cartas con una compulsión y honestidad sobrecogedoras. Su correspondencia con su mujer, al igual que con personajes como Susan Sontag, Roberto Calasso, Paul Theroux, Patrick Leigh Fermor y varios más revela una mente infatigable, maquinando a perpetuidad su siguiente movimiento, haciendo malabares de compra-venta de piezas de arte antiguo para pagar un nuevo viaje excéntrico, «sudando tinta» para producir el próximo libro genial. Las cartas escritas desde lugares tan disímiles como Inglaterra, Argentina, Grecia, Afganistán, Suecia, Turquía o Suráfrica revelan a un contador de historias en estado puro, apasionado de la vida (un mes antes de morir se lamentaba: «Aún hay tantas cosas que quiero hacer»), inseguro sobre cosas íntimas como su sexualidad. Después de todo, como dijo su amigo Salman Rushdie: «Bruce apenas había empezado. Tan sólo vimos el primer acto».

